



ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educación, Música, Teatros y Modas.

EDUCACION É INSTRUCCION.

Si la primera educacion de la niña exige cuidados, los necesita tambien, y muy importantes, la de la jóven, que debe continuar educándose y empezar á instruirse.

En una niña, la misma naturaleza la da esa aficion de ternura y de bondad que la vemos emplear con las muñecas y con cualquier animalito. En aquella tierna edad parodia su papel de madre; viste á un muñeco como vestirá luego á su hijo, y compone los pequeños muebles de su casita de carton como arreglará mas adelante los de su casa.

«Las muchachas transformando en mantellina el moquero, van á misa y á visita, se dicen mil cumplimientos, y en cachivaches de plomo hacen comida y refresco.» (1).

Pero crece la niña, y no debe entonces continuar su educacion pueril,

(1) MORATIN.—*El Viejo y la Niña.*

sino empezar su instruccion de jóven: no llega todavía, es cierto, á manejar su casa; pero sí comienza á manejarse á sí misma; y esta es la época mas peligrosa de la vida de una mujer; esta es su mas crítica situacion; este es el período de su existencia que decide de su porvenir.

La madre y la hija tienen que aunar aquí toda su instruccion, todos sus esfuerzos para andar debidamente por un camino lleno de abrojos y de precipicios. La jóven entra en una edad en que las pasiones ejercen su poderoso influjo, en que el corazon siente, en que la imaginacion se espiritualiza soñando amor y ventura; y ¡ay entonces de la jóven que solo se guie por sus pasiones ciegas, que solo obedezca los impulsos de un corazon ofuscado y que espere su felicidad de los ensueños de su ilusoria mente! Entonces mas que nunca necesita la instruccion; pero la instruccion del mundo.

No se subleven mis amables lectoras, y sigan leyendo.

No hace mucho existia el aisla-

miento de la familia ; y en esta el padre era la representacion genuina de la autoridad absoluta. A los hijos en la casa y en las escuelas se les educaba por el terror ; se les condenaba por una leccion no aprendida, por una travesura natural en un niño, á los mismos castigos que á los criminales en la plaza pública ; con la diferencia de que si á estos se les azotaba por las calles , á los niños se hacia lo mismo en las aulas ; en fin, el inhumano sistema de que la letra con sangre entra , se ejecutaba aun con las niñas, á quienes se les castigaba con palmetas y cañazos.

Monstruoso era que unos padres, para quienes son siempre lágrimas tuyas las de sus hijos, y que gozan con sus gracias, pudieran consentir tamaño atentado, que tiene tanto de horrible como de inhumano ; pero el principio de la autoridad absoluta que residia en el gobierno , se hacia sentir en la familia y en cuanto la rodeaba. Modificada aquella en el primero, lo fué en la segunda , y la ilustracion que empezó á ser el verdadero mérito social, fué haciendo comprender lo inconcebible de aquellas costumbres y de aquellos sistemas de educacion que prohibia el que supiera escribir una mujer (1). Ensanchóse el

círculo social , las relaciones se hicieron mas frecuentes, y las familias que antes se ocultaban en sus casas á las miradas de todos , se reunieron luego entre sí , y en estas reuniones de mútua distraccion , precisado se veia cada uno á hacer ostentacion de sus conocimientos, no como en una academia, sino como entre personas que piensan al menos.

La mujer , como es natural, tiene que representar el principal papel. Objeto de nuestras atenciones y del exámen de ellas mismas, nadie necesita de mas instruccion para poderse sostener en la altura en que los hombres la colocan y de la que quieren derribarla las mujeres. Si en el teatro del mundo se presenta una jóven á desempeñar un papel que no ha estudiado, el éxito será triste, de seguro. Una jóven educada bajo el principio de la perversidad del mundo, de las seducciones de los hombres, no debe querer bien al uno y huirá de los otros : se verá disgustada en el mundo en que tiene que vivir, y de los hombres entre quienes ha de escoger su compañero y su defensor.

Tan absurdo es estimular la odiosidad de una niña hácia lo que pudiera serle perjudicial, como infundirla una confianza ilimitada. Ni la socie-

(1) Un año hace que visitando el excelentísimo señor D. José de Zaragoza las escuelas de niñas de esta córte , halló una sin mesas: preguntó á la profesora dónde escribían las niñas, y contestó que en ninguna parte,

pues era cosa que no la necesitaban, por serles mas perjudicial que útil. El Sr. Zaragoza hizo justicia á nuestro siglo disponiendo que no volviera á enseñar mas aquella mal llamada profesora.

dad es igual para todos, ni hay un modelo para juzgar á los hombres.

Y hé aquí como hemos venido á parar á nuestro objeto: esto es; que solo el conocimiento del mundo adquirido en las recomendables lecturas, en la sábia enseñanza y en la buena sociedad, pueden guiar á la mujer por el peligroso camino de su juventud, conduciéndola los amorosos consejos de una madre, su experiencia y su instruccion.

De este modo veremos á la jóven ser el encanto de la sociedad, y estar personificada en ella la felicidad de una familia. Pero esto será objeto de nuestro próximo artículo.

A. PIRALA.

El amor de una Mujer.

Amo con ciega pasion
á un hombre, que no comprende
que en la mirada, que tiende
en su derredor, se vende
el que tiene corazon.

No hallo en mi pecho valor
que resista á su mirada,
porque mi mente abrasada
adora solo su amor,
y fuera de su amor, nada.

No delires triste amor
que te contemplas pagado,
que en este mundo malvado
quien hoy muere de dolor
es ya mañana olvidado.

¿Por qué vivo en esta tierra
que á mi amor constante y fiel

por solo remedio encierra
un recato, que cruel
á mi amor mis lábios cierra?

¿Por qué el mundo, que proclama
que la mujer ha nacido
para amar, no ha comprendido
que es necesario al que ama
saber si es correspondido?

¿Por qué cuando sin razon
de nuestras vidas han hecho
un juguete á su pasion
los hombres, el corazon
no nos sacaron del pecho?

He nacido mujer, mi pobre lira
á tan triste verdad gime y estalla:
y el acento de amor, que amor inspira,
dentro del pecho sofocado calla.

MARIA GIL.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

La poetisa Sapho.

De diversa manera ha sido juzgada por los historiadores y biógrafos esta célebre y desgraciada poetisa griega, que por la elegancia, magestad y fuego de sus composiciones, mereció ser apellidada por sus contemporáneos *La décima musa*: dictado con que posteriormente han sido conocidas todas aquellas mujeres que han sobresalido en la poesía lírica. No nos estraña esta variedad de pareceres, que acaso sea hija de haber confundido á nuestra heroina con otra Sapho, natural de la isla de Grecos, tambien poetisa y famosa por su belleza y desenvoltura. Hechas estas pequeñas salvedades, vamos á referir en bre-

ves rasgos lo que buenamente sepamos de esta inspirada griega.

Sapho, ó Saffo, que floreció unos 489 años antes de la venida de J. C., nació en Mitilene, capital de la isla de Lesbos, en el Archipiélago griego, entonces ciudad populosa y patria de muchos esclarecidos varones y valientes guerreros, y hoy día reducida á una pequeña aldea edificada sobre las ruinas de la antigua Mitilene. Sus padres Scamandrio y Clide bastante bien acomodados gozaban de mucha consideracion entre sus compatriotas, y su pariente Pitarco era uno de los primeros magistrados. Acostumbraban los griegos celebrar cada cuatro años festejos públicos en loor de sus divinidades, á que daban el nombre de Juegos Olímpicos. Estos se celebraban en una estensa llanura, llamada Olimpia en el pais de Elide, en cuyo territorio, que era sagrado por estar dedicado al culto de los dioses, se hallaban el estadio, ó sitio destinado á las luchas, y el teatro.

Los jueces nombrados al efecto, sentados en un sitio preferente, presidian los juegos y adjudicaban los premios á los vencedores. Multitud de gentes de todos los paises acudían ansiosas, no solo por gozar de aquel grandioso espectáculo, sino tambien á disputar los premios señalados por los jueces, tanto en los ejercicios físicos, como en los certámenes literarios, á los que concurrían los mas celebrados poetas. En uno de estos festejos populares fué donde vió Sapho por primera vez á un jóven siciliano llamado Faon, hijo de un comerciante muy acaudalado establecido en la isla de Lesbos, segun unos, y de un pobre pescador, segun otros historiadores.

Este jóven de hermosa presencia y de robustas formas, se hizo notable por su valor, destreza y agilidad en toda clase de luchas, por mas que estas fueron en competencia con lo mas florido de la juventud griega.

La poetisa Sapho, que fué una de las que mas aplaudieron la destreza de aquel extranjero, leyó despues en el teatro una bellísima

oda vituperando á los amantes desdeñados que se arrojaban desde el Promontorio de Leucades al mar Jonio. Brillante debió ser la inspiracion de la poetisa cuando por premio á su talento colocaron sobre sus sienes la oliva sagrada y coronaron de repetidos aplausos sus últimas estrofas. Faon no pudo menos de admirar el génio y belleza de la célebre Sapho, que como dice uno de sus biógrafos, era de «formas esbeltas y desarrolladas, de color trigueño claro, y sus ojos negros, como su larga cabellera,» quedando ciegamente enamorado de ella: Sapho correspondió á su pasion, y por algun tiempo gozaron los dos amantes de su mútua dicha, que vino á turbar la repentina marcha de Faon para Sicilia, donde sus obligaciones le llamaban.

Despues de mil protestas de amor y de jurarse el mas tierno cariño, se embarcó Faon en un bajel para Sicilia. Todas las tardes la desconsolada Sapho se acercaba á la orilla del mar esperando á su amante, y triste y llorosa se volvía á la ciudad.

Pasó así bastante tiempo entre la duda y la esperanza, hasta que supo por unos sicilianos que Faon estaba para casarse con la hija de un noble de los mas poderosos. La enamorada Sapho no puede dar crédito á sus palabras, ni su corazon puede comprender tanta perfidia. Parte apresuradamente á Sicilia, donde debe ver convertidos sus ensueños de amor y felicidad en la realidad mas triste. Efectivamente, al dia siguiente de su llegada se efectuaba el casamiento de Faon. Entonces pudo convencerse del desvío de su amante y de la frialdad con que fueron escuchadas sus reconvenções. Por mas que se arrojó á sus piés, suplicó y rogó, no pudo hacerle variar de resolucion. Algunos biógrafos aseguran que Faon abandonó á Sapho por instigacion del poeta Alceo, que la amaba en secreto, y otros, que la ambicion de Faon fué la verdadera causa. Sea de esto lo que quiera, herida y despreciada en su orgullo de mujer, se retiró al pais natal, Mitilene, donde entre los consuelos de su fami-

lia compuso sus mas celebradas poesías, y trató de olvidar al que tan infamemente la habia despreciado. Tal sacrificio no la fué posible; con la ausencia tomó tanto incremento su pasion, que despechada, arroja la lira que tan bellos cantos la habia inspirado, y cubierto su corazon de dolor, solo trata de poner fin á su existencia.

Era el Promontorio de Leucades una roca de inmensa altura inclinada sobre el mar, desde la cual se arrojaban los amantes sin esperanza, que por este medio daban á conocer lo inmenso de su amor, siendo general creencia, que aquel que diese tan *atrevido salto* sin la menor lesion, seria correspondido por el objeto de su cariño: mas no hay ejemplo de que tal *milagro* se efectuase nunca. La célebre Sapho quiere tambien dar el salto de Leucades, por ver si llega á oídos del ingrato Faon lo trágico de su muerte. Despues de haber cumplido con las necesarias ceremonias que precedian en aquel solemne acto, sube á la cúspide de la roca, tiende su estraviada mirada hácia las costas de Sicilia, y por un movimiento convulsivo arrójase al mar desde aquella altura: su cuerpo fué recogido tres dias despues por unos pescadores, que lo entregaron á su familia, y los Mitilenos honraron su memoria acuñando varias medallas con su efigie. Tal fué la muerte de tan célebre como desgraciada poetisa. De sus obras, en que todos unánimemente admiran lo tierno de su concepto, la valentía de sus imágenes, unido á lo original de su estilo, solo nos quedan algunos fragmentos, entre los que son notables el Himno á Vénus, perfectamente traducido en verso castellano por el señor Castillo y Ayensa; y cuatro estrofas de una Oda, traducida en latin por Cátulo, y en francés por Boileau y Delille. Todos estos versos de las admirables producciones de Sapho, fueron recogidos y publicados con una version latina por Wolfis, en Hamburgo, año de 1733.

M. ARAUS Y NUÑEZ.

A la Reina.

Era un dia en que el astro refulgente
Magnífico brillaba,
Y en que las calles de Madrid poblaba
Alegre, inquieta y apiñada gente.

Cual variado jardin que sus matices
Ostenta y galanura,
La villa de Madrid con mil tapices
Se adornaba y con linda colgadura.

De acordes instrumentos dulces sonos
Dó quiera se escuchaban
Que hacian palpitar los corazones,
Y el adusto semblante le alegraban.

Suenan las dos: y el pueblo ya impaciente
A la Reina que adora
Desea contemplar alegremente,
Ver su radiante faz encantadora.

Ver la augusta Princesa que no ha mucho
En el seno vivia....
Mas... tarda... espera... teme... ¡oh Dios!
(¡qué escucho!
Trocóse en llanto ya tanta alegría!...

—Mas, no digamos del dolor la causa:
Borremos su memoria.
¡Si pudiera borrarlo y hacer pausa
En tal período la española historia!

¡Oh! si se borrará: plaza al contento
Que hoy á la villa de Madrid inunda,
Y millares de voces dênse al viento,
Y aclamen todas á Isabel Segunda!

A. PIRALA.

SONETO.

Dónde estoy? Qué sucede? A qué este grito
De unánime dolor que exhala España?..

¿A qué este llanto que los rostros baña?..

¿A qué estas santas preces?.. Dios bendito!..

¡Ay!.. Un crimen atroz cuanto inaudito

De la Historia borron! Pérfida saña

Ocultó en su profunda negra entraña

Un monstruo de crueldad, un sér maldito.

Ruge el tigre feroz... Ya se avalanza

A la víctima augusta... El brazo impío

Armado de un puñal su pecho alcanza,

Y le hiere cruel... ¡Piedad, Dios mio!

Y salvad á Isabel que es la esperanza

De esta noble nacion... En vos confio!..

LA ALAVESA.

Vitoria 6 de febrero de 48'2.

El Castillo de Ciesear.

LEYENDA ESPAÑOLA DEL SIGLO XII.

I.

El campamento.

Corria el año 1151, y el emperador don Alonso tenia puesto cerco á Jaen, ciudad ocupada por los moros.

Era una noche oscura y nublada, silbaba el huracan sordamente al pasar por entre las desnudas peñas del cerro, en cuya falda se asentaba la ciudad cercada, y las frondosas y enmarañadas arboledas de la vega remedaban por intervalos con acento lúgubre los ayes que el viento parecía arrancar al escarpado risco que sostenia en su cresta al imponente alcázar de Jaen.

Era entonces esta ciudad una de las mas fuertes de los moros, el puesto avanzado de sus dominios, razon por la cual ponian gran cuidado en defenderla y guardarla de las huestes castellananas. Asunto de gran valía era tambien para éstas su conquista, y de ello

eran buena prueba los aguerridos tercios españoles que el Emperador habia conducido á su cerco, entre los cuales estaba la flor de los hijo-dalgos y ricos-hombres de Castilla.

Nada interrumpia el silencio que arrullaba el sueño de la ciudad cercada, fuera las voces de los centinelas y el misterioso y apagado ruido que hacian al pasar cerca del muro las rondas destinadas á la *velada*.

Ningun rumor se oia tampoco en el campamento, á no ser las conversaciones de algunos grupos de soldados apiñados enrededor de las hogueras. En una de estas, situada enfrente de las *barreras ó empalizadas* (1), se entretenian al amor de los tizones, en sabrosa y alegre plática, hasta doce soldados de la compañía que acaudillaba el valiente y apuesto capitan D. Luis Hurtado de Mirez.

Cuenta el autor de la crónica, que me sirve de guia para la relacion de los hechos que voy apuntando, pormenores curiosos de esta plática, que pienso referirte, lectora mia, si quier sea por lo mucho que atañen á la claridad de los demas sucesos de esta historia.

—Los malos debe tener el Capitan dentro del cuerpo de poco tiempo á esta parte, decia un mancebo, que apenas rayaria en los veinte años, y en cuya cara no se notaban aun señales de que apuntase el bozo.

—Por Santiago, que da lástima verle, replicaba un soldado de rostro áspero y curtido, adornado con un áspero y cerdoso bigote negro; alguna mala yerba debe haber pisado, pues en cuatro años que há le sirvo no recuerdo haberlo visto nunca tan triste y mal humorado; y no debe ser asunto de guerra, porque el capitan Hurtado tiene el corazon muy entero y riñe bien ¡voto al demonio!

—Diez años há que le sirvo yo, decia un anciano de rostro grave, y por mis pecados,

(1) Sitio que hoy ocupa la puerta llamada de Barrera.

que no son pocos, estoy ya casi tentado por creer ciertas sospechas que para mí tengo, y que pienso no deben ir muy erradas.

—¡Sospechas del Capitan! dijeron á una voz todos los soldados que formaban el corro.—Cuidado, Men Rodriguez, añadió el mancebo imberbe, con las palabras que soltais.

—Entrado en años soy ya, replicó Men Rodriguez (que así se llamaba el viejo), y por lo tanto debo ser avisado y sesudo para hablar; y cuide el mancebo de parar su lengua y de oír lo que digan las ajenas, que más provechoso le será en sus años oír que hablar.

—Atended, dijo el mancebo, á que miro vuestras canas, que si no...

—Malos años para los dos, dijo enojado el del bigote, capaces seriais de romperos la cabeza por una palabra. Calláos, dijo al mancebo, y vos Men Rodriguez, contadnos si os place lo que del Capitan sepais.

—De buen grado, dijo el viejo.

Acercáronse todos á Men Rodriguez deseados de oír su relato. El viejo atizó la hoguera, y comenzó á hablar de este modo á sus compañeros. (Continuará.)

GAZÉL.

MODAS.

El tiempo de Carnaval os ofrece, Señoritas, la ocasion y el gusto de variar vuestros trajes, pidiendo á los siglos pasados vistosos atavíos, que su misma antigüedad hace nuevos: os permite tambien usar las modas de otros pueblos y países, tomando de ellos su traje nacional. Pero no olvidéis nunca que un disfraz puede y debe ante todas cosas ser gracioso, y que es preciso guardarse de que sea una mascarada.

Evitad, sobre todo, trajes de caracteres que exijan sostener actitudes casi representadas, y poco convenientes á una jóven. De-

beis escoger con preferencia adornos que, sin dejar de ser modestos, sean á propósito para bailar.

Me acuerdo de haber visto en un baile de máscaras á una linda jóven disfrazada con un traje del tiempo de Luis XVI, y que se habia esmerado en presentarse vestida con toda propiedad: no habia olvidado ni los zapatos de tacon alto, ni el empolvado erizon, cuyo enorme andamio de plumas y flores levantaba mas de un pié sobre su cabeza, ni el ancho vestido, recargado de guarniciones, y ahuecado por el tontillo. Nada faltaba á su exactitud. Esta jóven llena de belleza y lozanía, á pesar de las exageradas dimensiones de aquel traje, representacion bien exacta de una época de decadencia en el buen gusto, estaba encantadora. Produjo el mejor efecto al entrar en el Saló: todo el mundo la miraba, y aplaudia la exactitud de su traje en todos sus pormenores.

Pero principió el baile, y la jóven olvidando el siglo que representaba, y el sério *minuet* de aquellos tiempos, quiso lanzarse en un ligero wals, á lo que no se prestaron sus altos tacones, siéndole tambien imposible abrirse paso con su enorme tontillo por medio de aquella muchedumbre compacta y animada por la armonía de una música fascinadora: ademas la pobre niña no podia con el peso de su disforme peinado. En vano quiso bailar un rigodon; el sudor, que mezclado con los polvos corria por su frente, formaba rayas blancas sobre el colorete de sus mejillas, disfigurándola horriblemente. Conoció en fin que estaba ridícula, y para que no se riesen á su costa, tuvo que resignarse á ver bailar á sus amiguitas.

Esta corta anécdota podreis tenerla presente al escoger vuestros disfraces, sin olvidar los que sean mas fáciles de arreglar en casa, y que no causen demasiados gastos, que una jóven juiciosa debe evitar siempre á su familia, reservándolos para alguna circunstancia especial. Deben preferirse los de aldeana, jardinera, ú otros ligeros y vistosos, cuyos

adornos de terciopelos, cintas y demas pueden utilizarse, pasado el Carnaval, para trajes usuales.

Para bailes de sociedad se llevan trajes de muselina de seda blanca, rosa ó azul, que son verdaderamente los tres colores de la bandera de la juventud: esta tela es preferible al crespón, porque teniendo su transparencia, ofrece mas brillo y suavidad. Sus guarniciones y demas adornos se bordan de seda lisa, del mismo modo que los de tul de seda, que admite tambien un bordado de paja, produciendo un efecto muy agradable. Si este bordado fuese hecho en casa, prescindiendo de su mayor mérito, disminuiria notablemente su coste.

Otros trajes, aun mas económicos y no menos lindos, se hacen de tarlatana ó de organdí de colores claros, fondo liso, de rayitas ó de cuadritos: en la falda se colocan diez ó doce órdenes de cintas estrechitas de terciopelo, cuyo color debe guardar armonía con el fondo, ó el dibujo de la tela. En el cuerpo y mangas se llevan tambien lazos de terciopelos correspondientes, un poco mas anchos. El peinado se compone de retorcidos, y en lugar de los bandós huecos, se ponen lazos con caidas flotantes de cinta de raso ó terciopelo, correspondientes á los del vestido.

Todo lo que tienen de sencillo los trajes de las jóvenes, otro tanto son ricos y lujosos los de las señoras de Estado. Los vestidos con volantes bordados al telar, ó de rayas albanesas, están siempre en voga. Pero la novedad que domina, es el oro sembrado con profusion en los bordados de gasas, crespónes y tules. Los muarés de oro y plata están igualmente á la órden del dia.

Los cuerpos de los vestidos de baile se llevan siempre formando punta. Los volantes se ponen con muy poco vuelo, principalmente los de blonda: los de gasa, crespón ó tafetan se recortan imitando dibujos de bordado á la inglesa. Se emplea tambien con muy buen efecto la trencilla ó cordoncillo de oro, delgado como un hilo. Este modo de

bordar en trencilla nos ha venido de Oriente. Hacen muy bien unos cuantos órdenes de este cordoncillo, tirados, ó formando dibujo entre volante y volante.

Este furor por lo que brilla, se estiende á todos los adornos; se ostenta tambien en las plumas y en las flores: se ven muchas guirnaldas cuyo ramaje está rodeado de plata y oro.

Como apreciacion, preferimos las flores tales como Dios las ha criado, pero la moda lo ha dispuesto de otro modo; y es preciso conformarse con su fallo.

Las blondas se llevan siempre con ondas redondas ó en punta: sus dibujos son excesivamente ricos y recargados.

Se llevan algunas tónicas de punto de Inglaterra que caen hasta la mitad de una falda de raso ó tafetan, adornada ademas con buen gusto, de follados de tul, ó cosa equivalente.

Cuando se ponen tres volantes de encaje ó de blonda en un vestido, deben ser bastante anchos, y colocarse unos encima de otros para que la cubran enteramente: cuando son pequeños deben estar separados por los adornos de trencilla de oro de que hemos hablado, ó por rizados de tul ó de cinta.

Algunas elegantes entran en el baile envueltas en ricos *echarpes* de punto de Inglaterra.

Otras llevan caidas ó toquillas de encaje, ó de blonda blanca ó negra, sobre las cuales basta poner un ramo de flores para completar un adorno del mejor gusto.

Advertencia.

Con este número recibirán nuestras suscritoras una pieza de música, y con el inmediato el *Figurin* de modas correspondiente.

Imprenta de M. CAMPO-REDONDO Y AGUIAR.
Huertas, 42.
